

primido hácia la boca por la melancolía, y luego ligeramente levantado para dar solidez, y delicadeza á la barba, una frente cuya dulce convexidad hace deslizar la luz como una transparencia del pensamiento; sienes que palpitan, ojos azules que sueñan mirando, párpados finos, plegados y vetados de azul y alabastro, que ocultan á medias el globo del ojo; una nariz griega y afilada en su confluencia con la frente, fuertemente unida en su extremo por el músculo levantado entre sus ventanas sonrosadas; labios que descansan el uno sobre el otro despues de haber sonreido y vuelven á tomar poco á poco la inflexion de la gravedad habitual; una piel de grano menudito donde corren mil calofrios visibles; aquella flor primaveral de tez que habia traído de sus montañas natales y que no se marchitó jamás, al decir de sus contemporáneos, ni aun bajo el peso de los años ni aun de las lágrimas; una fisonomía tan movable y fugitiva que se le pueden dar tantas espresiones como matices hay en los sentimientos de una alma de muger; en fin un busto digno de llevar aquella cabeza, ancho de hombros, huyendo de los brazos, libre en el seno y esbelto en la cintura, propio para dar á la actitud ó al andar aquella dignidad, aquel movimiento y aquella cadencia de pasos que hacen el talle de una muger, cuando se levanta, inexplicable en medidas y en números; pero que bastan para que lleve á vuestros ojos el espacio y se engrandezca hasta el cielo. Este prestigio de la atmósfera es el que hace en sus retratos á Mad. de Sévigné mas grande que la naturaleza. Se conoce que el pintor deslumbrado como un amante, quiso difundir al rededor de aquella figura una atmósfera y que no pintó contornos limitados, sino una impresion infinita, esparcida é invisible al rededor de la belleza.

XVI.

Tal era á los diez y ocho años, y tal despues de los cuarenta, aquella fisonomía en que el deslambamiento del primer instante se cambiaba en atractivo y en eterna memoria en todos aquellos que la veian, aun cuando no fuese mas que por una hora.

No hubo en la corte mas que una voz para elogiar la maravilla de la casa de Coulanges. Este favor del mundo no alteró la modestia de la jóven. Habia contraído en la soledad de su adolescencia en Livry, en la lectura de los libros graves, en la sociedad de los filósofos jansenistas, vecinos y amigos de su tío, una reflexion precoz, una piedad sólida y ejercicios de estudios que la hacian mas apta para ser una segunda Moïsa en casa de Fulberto que una favorita evaporada de corte. Su nom-

bre, su gracia, su fortuna de trescientos mil francos, dote considerable en aquellos tiempos, su título de hija única, que permitia á los aspirantes á su mano no deber su corazon sino á su preferencia, fueron parte para que los hijos de las casas mas ilustres de París la solicitasen por esposa; pero ella prefirió á un jóven caballero breton, Enrique de Sévigné ó de Sévigny, pariente y protegido del cardenal de Retz.

El abate de Coulanges, aunque de costumbres severas, estaba ligado por subordinacion y deferencia con aquel coadjutor de París. Aturdido, disipado y faccioso el cardenal de Retz, fluctuando siempre entre la pequeña intriga, la gran ambicion y la licenciosa voluptuosidad de su época, era el Alcibiades mitrado de la Fronde. Era imposible dejar de amarle, al mismo tiempo que se le despreciaba como un niño, á quien la fortuna habia dado por diversion el pueblo, el parlamento, la corte y la iglesia, y que no habia hecho de todo esto mas que un juguete.

Un resto de popularidad dada á su nombre por la Fronde, y un resto de respeto dado á su título eclesiástico por la Iglesia, le dejaban entonces cierta consideracion en el mundo; su espíritu encantador y ligero cubria las inconsecuencias de su carácter; se creia en su fortuna, aunque despues de haberla disipado. El abate de Coulanges esperaba mucho de un jóven militar protegido por un futuro arzobispo de París. El cardenal de Retz tenia bastante genio para remontarse un dia al rango de Richelieu y de Mazarino, sino hubiese devorado de antemano su gran fortuna en las pequeñas facciones. La señorita de Chantal no vió en el marqués Enrique de Sévigné sino una encantadora figura, un valor romancesco, una elegancia marcial, un nombre bien considerado en la corte y un atractivo como el que ella inspiraba á toda la juventud de la época, y que experimentaba solo por él. Pero estas gracias del marqués de Sévigné ocultaban, ya que no vicios, por lo menos ligerezas del alma, de costumbres y de carácter que no podian fijarse en nada, ni aun en la felicidad. El primer paso de esta jóven tan digna de la constancia de un marido la arrojó en el lazo de un amor, ardiente en ella, pero ligero y fugitivo en Mr. de Sévigné «Amaba en todas partes, dice Bussy en sus memorias, y no amó nunca nada tan amable como su muger. La estimaba sin amarla, y ella sin poder estimarle, no pudo nunca dejar de amarle.»

XVII.

Este matrimonio la lanzó á un mundo nuevo. Las facciones decapitadas por el hacha del

cardenal de Richelieu, habian reanudado despues de él sus pedazos sangrientos y resucitado en guerras civiles. Richelieu habia sembrado la venganza con la sangre, consecuencia natural de todo terror; pretenden algunos que sus ejecuciones habian estinguído las facciones en los suplicios, y él fué el que las hizo mas implacables y nacionales, desesperándolas. Los principes, los nobles, el parlamento y el pueblo se arrojaron en las rebeliones armadas y en las sediciones civiles para escapar de los cadalsos ó de la tiranía con que aquel Sila vestido de púrpura los habia asustado.

Mazarino, mil veces mas político, porque era mas pacífico y humano, parece menos colosal á los ojos del vulgo, porque la política hace menos ruido que el terror, y porque el vulgo comprende mejor la violencia que la sabiduría; pero á los ojos del filósofo y del hombre de Estado, Mazarino fué el gran ministro y Richelieu el gran vengador. La constancia de Ana de Austria en su adhesion á este consejero de su regencia, la dictadura que le dió en su gobierno como en su corazon, la habilidad alternativamente firme y flexible de este italiano, neutral en nuestros partidos, pero necesario para neutralizarlos á todos, el arte con que los equilibró uno con otro y despues de haberlos, no vencido, sino cansado, acabó por atraerlos á todos arrepentidos, sumisos y obedientes á los pies de un rey de catorce años, es la obra maestra del arte de gobernar los hombres, y precisamente porque esta obra maestra de diplomacia, inteligencia, obstinacion en el objeto, negociaciones y alternativas de firmeza y paciencia es demasiado complicado, no ha sido comprendida, pero lo será. El nombre de Mazarino dominará el siglo de Luis XIV, porque él es quien ha hecho el rey y tambien el que ha hecho el reinado, y cuando murió en Vincennes en su lecho, con las riendas del imperio todavia en las manos, entregó la Francia á ese pupilo de su genio como un padre entrega á su hijo su cuenta de tutela. Las facciones estaban liquidadas, los facciosos eran ya cortesanos, y esta cuenta de tutela se saldaba por el reino de Francia. ¡Desgraciado el pueblo que estima á Richelieu y no comprende á Mazarino!

XVIII.

Sea de esto lo que quiera; en la época en que Mad. de Sévigné entraba en el mundo, Mazarino que reinaba aun, habia pacificado tan perfectamente el imperio, que todas las facciones civiles feudales ó parlamentarias se habian convertido en simples facciones de talento, de literatura ó de gusto. El genio literario del siglo nacia de la seguridad general. Los espíritus se habian fecundado en la licencia y pro-

ducian en una autoridad moderada. Es una ley del espíritu humano: el genio de las letras se desarrolla á consecuencia de las largas interrupciones del pensamiento por medio de las revoluciones ó de la guerra. Los sacudimientos civiles producen repercusiones, ejercicios é impaciencias de ideas en la imaginacion de los pueblos; despues de las convulsiones democráticas de Atenas, el siglo de Pericles; despues de las proscripciones de Roma y el asesinato inutil de César, el siglo de Augusto; despues del destrozamiento de las repúblicas italianas el siglo de los Médicis; despues de la Liga y la Fronde, esas guerras feudales de la Francia, el siglo de Luis XIV; en fin, en nuestros dias, despues de las convulsiones de la libertad, los trastornos de la Europa y la restauracion, saludable á la literatura, de los Borbones, un renacimiento intelectual en toda Europa; renacimiento corto como esa restauracion, pero que dejará grandes nombres á la posteridad.

XIX.

Veamos como nacia ese siglo literario de Luis XIV y donde tenia su cuna tanta gloria.

Los hombres y mugeres ya nacidos ó próximos á morir que componian desde el principio del siglo, la parte florida y selecta por su talento é instruccion, eran Malherbe, Corneille, Voiture, el primer Balzac, Ménage, Saint-Evremond, Sarrazin, Chapelain, Pétisson, Pascal, Bossuet, Molière, la Fontaine, Fenelon, Boileau, Racine, Fléchier, Bourdaloue, la Rochefoucauld, la Bruyere, Chaulieu, Mad. de La Fayette, la marquesa de Sablé, la duquesa de Longueville, Mad. de Cornuel, y en fin, Mad. de Sévigné, muy jóven á la sazón, atraída por el brillo de lo que comenzaba á lucir en torno suyo y sin sospechar que su nombre, perdido en la muchedumbre, llegaria á sobrevivir un dia á casi todos esos nombres.

Una dama jóven, de origen italiano, de la casa florentina de los Savelli, parientes de los Médicis y aliados de nuestros reyes, habia traído á Francia el gusto, el sentimiento, las delicadezas y aun los refinamientos de la poesia italiana. Esta era Mad. de Rambouillet, muger del marqués del mismo título, gran señor, embajador y cortesano. Mad. de Rambouillet, casada á los diez y seis años, jóven y hermosa todavia, tenia una hija de quince de la que parecia ser hermana. La madre habia inspirado á la hija esa pasion de la poesia de la imaginacion y de las letras que ella misma habia respirado con el aire del Arno y de las colinas de Toscana. Llamábase esta hija Julia de Angennes, nombre encerrado despues entre guirnaldas de versos. La memoria de estas dos mugeres estaba embalsamada con las estancias

del Tasso, del Ariosto, con los tercetos del Dante y los sonetos de Petrarca. Querian prolongar del lado de acá de los Alpes en una lengua hasta entonces incompleta los ecos de aquellos divinos poetas, ecos ellos mismos de los del siglo de Augusto. Una analogía de gustos, de nobles ocios, de lecturas y conversaciones literarias, reunian en las casas á todos los hombres y á todas las mugeres de la corte y de la ciudad que cultivaban su imaginacion. Estas dos mugeres tenian la corte del ingenio francés en el hôtel de Rambouillet en la plaza del Carrousel, al lado de aquel palacio en que Luis XIV tenia la corte de la politica, de la ambicion y del favor. La casa de Mad. de Rambouillet era la academia de los *delicados* y de los *curiosos*; así se llamaban entonces todos los que sin hacer profesion de literatos, formaban, por decirlo así, el público ó el parlante escogido de los poetas, prosadores y académicos oficiales de su tiempo. Ha habido sin cesar y hasta nuestros dias en Paris, como habia en Atenas, Roma y Florencia, esas casas de gusto presididas por mugeres superiores en talento ó en gracias, donde el mundo y las letras se encuentran para fecundizarse mutuamente.

XX.

Allí, en la noble emulacion de los placeres del espíritu y en la amable igualdad del culto de las cosas intelectuales, todos los que las aman se confunden con los que las cultivan. Atraídos los unos por el deseo de ser elogiados y los otros por el placer de admirar, algunos por la vanidad de juzgar, forman el foco precursor del gran foco del siglo, la avanzada del gusto público, el vestibulo de la gloria. Así Lucrecia Borgia, tan calumniada en Roma; Leonor de Este en Ferrara; Victoria Colonna, en Nápoles; Mad. de Rambouillet en Paris, durante la minoría de Luis XIV; Mad. de Maintenon en la vejez de este monarca; Mad. de Defaut y Geoffrin en el reinado de Luis XV; la duquesa de Anville, en tiempo de Luis XVI; madama Staël en su destierro, bajo el imperio; Mad. de Montcalm, la duquesa de Broglie, madama de Saint-Aulaire, la de Duras en tiempo de la restauracion y Mad. Recamier bajo el Directorio, despues bajo tres reinados y hasta nuestros dias; otras que la amistad nos prohibe nombrar, esta dinastia electiva de las mugeres superiores que agrupan á su alrededor las eminencias de su época por la sola atraccion de su mérito y de su acogida, se perpetua de siglo en siglo, y no se intermite sino en las épocas de las grandes convulsiones civiles y en las épocas mas abyectas en que el frenesí del oro, poseyendo por un momento el mun-

do, relega al silencio y á la oscuridad todas las demas pasiones nobles del espíritu.

Estos tiempos son cortos como los eclipses de luz en el cielo, y como los del pensamiento en la tierra; no se cuentan mas que tres en Francia; la *regencia del duque de Orleans*, despues del reinado de Luis XIV, el *Directorio*, despues del terror de 1793, y el tiempo presente que se apresura á gozar, temeroso de ser sorprendido entre dos especulaciones por los hundimientos que han sacudido al mundo.

XXI.

Mad. de Sévigné, introducida por su marido en el salon de Mad. de Rambouillet, llevaba á él todo lo que podia seducirla á sí misma seduciendo á aquella sociedad: una juventud que derramaba la frescura de la mañana y la vida sobre todo: una hermosura que brillaba involuntariamente, sin la pretension de deslumbrar ó eclipsar á las que la rodeaban; en fin, una instruccion superior á su edad y á su sexo, adquirida en la soledad estudiosa de Livry; una tintura de las lenguas muertas, suficiente para gustar las bellezas de Homero y Virgilio; una memoria adornada de todas las obras maestras del Ariosto y del Tasso, y un gusto prematuro que sin quitarle el entusiasmo, le daba desde bien temprano el discernimiento, que es la esperiencia del espíritu.

Tantos encantos y tanta alma la hicieron en poco tiempo en aquella sociedad objeto de una admiracion general; amistad en las mugeres, proteccion en los viejos y pasion en los jóvenes.

XXII.

La licencia de las costumbres, estimulada por la publicidad de los amores del rey y por las tradiciones vivas aun de la Fronde, en que las princesas eran las encubridoras de las facciones; el ejemplo mismo del marqués de Sévigné, marido indiferente y amante velcioso, autorizaban á la jóven á esa clase de relaciones que ya no escandalizaban á la época. Su amor obstinado á su marido la defendió de ellas tanto como su virtud. Su nombre resonó en los versos de los poetas; pero jamás en los cuchicheos de la crónica amorosa de aquella corte. En los acentos apasionados de sus adoradores no vió ella mas que juegos de ingenio que lisonjeaban sus oidos sin llegar al corazon, y logró en medio de tanta corrupcion conservar su pureza sin ostentacion de ningun género. Todos los poetas de su época atestiguan

este desinterés de las pasiones, tan natural en ella que era acusada de frialdad.

Esta pureza fué una rara escepcion de su siglo, pero fué inalterable, sin ser austera. Parecia pedir gracia mas bien que homenajes para su virtud; jugó con las pasiones que inspiraba, sin dejarse tocar por ellas, y de tantas idolatrias que quemaban incienso á sus pies, no respiró mas que el humo.

XXIII.

La Fontaine, Montreuil, Ménage, Segráis, Saint-Pavir, Benserade y Racan, la celebraban á porfia. El primero la dirigió este epigrama amoroso, apropósito de un juego de sociedad en que se presentó con una venda en los ojos:

De todas maneras teneis el arte de agradar;
Bajo mil aspectos diversos encantais alternativamente.
Viendo vuestros ojos vendados, se os toma por el Amor:
Viéndolos descubiertos, se os toma por su madre.

Los condes de Lude y de Bussy-Rabutin, los dos hombres mas seductores de la corte, hacian alarde de tributarla una adoracion que por mas que la lisonjease, el amor que profesaba á su marido quitaba toda esperanza de que fuese correspondida. El conde de Lude, dotado de un carácter noble y generoso, la estimó mucho mas por esta circunstancia. Pero Bussy-Rabutin, que era su primo, no la perdonó jamás su indiferencia. Poseído de todos los géneros de vanidades que depravaban en él toda clase de mérito, convirtió su amor desdenado en odio sordo, pero implacable. De cortesano público de su prima se hizo libelista anónimo en su *Historia amorosa de las Galias*, y se esforzó vergonzosamente por manchar la virtud, de que no habia podido triunfar.

XXIV.

En medio de esta atmósfera de adoracion, Mad. de Sévigné no aspiraba mas que á recogerse con el marido que amaba en el aislamiento de una vida pacífica en el campo lejos de las vanidades y seducciones de Paris. En la primavera de 1645 consiguió que el marqués de Sévigné la acompañase á una de sus tierras de Bretaña, en las cercanias de Vitré.

Esa tierra desecuada hacia largo tiempo, se llamaba las *Rocas*. Su viejo castillo fué el albergue de su corta felicidad, como el castillo de Bourbilly habia sido el de su cuna. Aquella

morada le recordaba á Bourbilly. Sus muros y sus jardines arruinados atestiguaban la larga ausencia de sus poseedores. Su horizonte limitaba los deseos y los pensamientos como las miradas. El castillo se levantaba sobre una eminencia, á cuyo pie murmuraba un riachuelo buscando su pendiente entre los trozos de granito y los arbustos. La sombra dormida de los castaños, de las encinas y de las hayas, ennegrecia los raros intervalos de luz que dejaba el monte; vallados de espinos y de acebos cerraban los campos cultivados y las praderas matizadas con las flores amarillas de las ginetas; eriales inmensos limitados á lo lejos por la bruma se aclaraban, interrumpian su monótona aridez con alguno que otro charco ú estanque; en fin la melancolía de la tierra se comunicaba al alma. Algunos vestigios de pasada magnificencia marcaban sin embargo la casa con un sello de vejez y de nobleza. Largas avenidas plantadas de viejos árboles á las orillas y empedradas con gruesos guijarros, conducian á aquella morada por el lado que mira á Vitré. La casa estaba, y se halla todavía, compuesta de un castillo poco elevado, flanqueado de dos anchas torres, cuyas cornisas están adornadas de cabezas de monstruos esculpidos groseramente en la piedra. Una tercera torre contiene la escalera de caracol, alumbrada por las hendiduras en los muros macizos que una luz oblicua atraviesa de piso en piso. Los jóvenes esposos entraron en unos vastos salones abovedados ó techados con vigas negras. Allí vivieron muchos años en un retiro en que Mad. de Sévigné pasaba el tiempo entregada á los cuidados de su ternura y su marido en restablecer su fortuna y en gozar de las distracciones que su provincia natal ofrecia á un caballero ya promovido á los altos grados del ejército.

En el mes de marzo de 1647 dió ella á luz en las *Rocas* un hijo, heredero del corazon y del talento de su madre, y ya que no la pasion, fué por lo menos la distraccion y el consuelo de su vida. Al año siguiente le dió una hija, que fué despues Mad. de Grignan, y á quien su madre ha inmortalizado con su ternura. Mr. Sévigné, á quien la última guerra de la Fronde habia llamado al ejército, se vió obligado á pasar á Paris, á donde volvió con sus dos hijos, en momentos en que la regente Ana de Austria entraba triunfante con el jóven rey bajo la proteccion de Mazarino.

XXV.

Las guerras civiles habian llevado á las ciudades la licencia soldadesca de los campos. El marqués de Sévigné se enamoró de una belleza célebre cuya existencia recordaba en

París las grandes cortesanas históricas de Atenas ó de Roma; profesion que estaba admitida con condiciones vergonzosas en las civilizaciones paganas; pero que era incompatible con las costumbres cristianas, que iban á ser tan ansteras poco tiempo despues. Esta escepcion autorizada de la decencia pública en dos cortesanas casi contemporáneas, Marion de Lorme y Ninou de Lenelos no puede explicarse sino por dos consideraciones históricas: la introduccion de la licencia italiana en la corte por los Médicis y la depravacion de la aristocracia francesa por la licencia militar trasportada de los campos de batalla á la capital.

Ninou era hija de un caballero de Turena llamado Lenelos. Su belleza precoz, perfeccionada por los cuidados de un padre depravado que no le enseñó por toda virtud mas que el arte de seducir, la introdujo en París en los círculos mas elegantes de la nobleza. Como música y como bailarina se dió allí en espectáculo desde su infancia. Su talento, sus pasiones inconstantes y su filosofia sin freno hicieron que fuese solicitada alternativamente por los caballeros mas licenciosos de la época; ella no vendió, pero concedió sus favores á muchos, perdiendo insolentemente todo pudor, por conservar su libertad. Esta nobleza en la licencia y esta reserva de su probidad en el vicio la dieron fácil acceso en las sociedades ligeras de literatos y aun mugeres poco escrupulosas que buscaban la hermosura y el talento mas que la virtud. Frecuentaba asiduamente la casa del poeta Scarron, centro entonces de la literatura trivial; la jóven y bella huérfana de la casa de Aubigné, que casó con Scarron, era amiga suya, y al morir Scarron subsistia aun esta estraña amistad: la historia se confunde de asombro al ver á la jóven viuda, piadosa, irrepreensible, que debia entrar poco despues en el tálamo de Luis XIV, participar del hospedage, de la sociedad y algunas veces del lecho de la cortesana Ninou.

XXVI.

El conde de Bussy-Rabutin, queriendo separar el corazon de su prima de su esposo, á fin de ser él su consolador y seductor, enteró á Mad. de Sévigné de la pasion de su marido por Ninou. El dolor despedazó el corazon sensible de la virtuosa esposa; pero no la rindió á las seducciones de Bussy, antes le cerró la puerta con indignacion y fingió ignorar la infidelidad de su marido: «Sévigné, dicen las memorias de la época, no es un hombre honrado; arruina á su muger, que es una de las mas agradables de París.»

Para salvar los restos de la fortuna de su sobrina y el porvenir de sus hijos, el abate de

Coulanges la obligó á separar bienes; pero al tomar esta precaucion afianzó á su marido por una suma enorme, igual á las deudas que entonces tenia. Retiróse sola á las Rocas con sus hijos dejando al marqués de Sévigné en la libertad de sus desórdenes.

Hábiase entonces enamorado de otra belleza célebre, rival de Ninou, llamada Mad. de Gondran y de un nombre mas familiar, Lolo. El caballero de Albret, segundogénito de la casa de Miosseus, le disputó su conquista. Sévigné triunfó á fuerza de prodigalidades y de pasion. Esta rivalidad hizo ruido en París; se previó un duelo y no faltó imprudente que escribiese prematuramente á Mad. de Sévigné á las Rocas que su marido habia sido herido por su rival. Ella entonces le dirigió una carta de dolor, de desesperacion y de perdon. La noticia era anticipada; el duelo habia sido aplazado. De este modo recibió Sévigné en tiernas convenciones el último adios de la que despreciaba por un capricho.

Llegó el dia señalado para el combate; este fué corto y caballeresco; los dos contendientes se dieron esplicaciones y abrazaron antes de sacar la espada para satisfacer lo que un uso bárbaro llamaba en Francia el honor. Sévigné recibió el golpe mortal y espiró á los veinte y siete años en la flor de su vida.

La muger, que lo perdonó todo á su edad, á su ligereza, á los hábitos del tiempo, estuvo á punto de morir de dolor al saber su catástrofe; corrió á París para rodearse de sus queridos vestigios. No le quedaba de su marido otra cosa que las pruebas de su ingratitude. Para conservar á sus hijos el retrato y los cabellos del hombre á quien tanto habia amado, tuvo necesidad de pedirlos á Mad. de Gondran, aquella funesta Lolo; causa de su desgracia. Mad. de Gondran le envió aquellos objetos, que iban á ser el triste consuelo de su viudez, puesto que la infeliz no pudo ya minar la imagen del que adoraba, sin recordar al mismo tiempo su abandono y su ingratitude.

Este dolor fué tan violento y obstinado que Mad. de Sévigné no pudo jamás ver de lejos, en los círculos ó en los paseos, al caballero de Albret ó á cualquiera de los testigos del duelo, sin desmayarse.

Sévigné habia sido su primer amor y debia ser el último. Desde aquel dia echó un sudario sobre su corazon, y lo sepultó, por decirlo así, jóven y vivo todavía, con las cenizas de su marido.

SEGUNDA PARTE.

I.

Otra pasion poseía ya toda el alma de madama de Sévigné, y era la de su hijo, y sobre

todo de su hija. Renunció para siempre á la idea de un segundo matrimonio, que les hubieran dado otro padre, porque solo el pensamiento de que aquellos dos queridos frutos de su único amor pudieran tener rivales de ternura en su propio corazon en los hijos de otro matrimonio le causaba horror, y por eso se entregó á su felicidad, á su fortuna y á su educacion. La muger no existió ya en ella; no hubo mas que la madre. «He borrado de mi memoria todas las fechas de mi vida, escribió en su vejez, yo no me acuerdo mas que de la de mi matrimonio y de la de mi viudez.» Bajo la tutela de su tio el servicial abate de Coulanges, se ocupó durante largos años en levantar las ruinas de su módica fortuna que habia disipado su marido y en la administracion rural de Bourbilly y de las Rocas. Pasaba parte del año con el abate de Coulanges en aquellas tierras, el resto en París ó en Livry, mansion querida de su juventud. Habia alojado sus vinculos con el mundo sin romperlos, porque preveia que su hijo tendria necesidad de protectores en la corte y su hija de marido adecuado á su nacimiento, y por lo mismo procuraba cultivar para sus hijos las amistades que podian servirles algun dia de proteccion y ayuda. Su sólida razon le alejaba de los partidos extremos, no creyéndose con derecho de disponer de su suerte mientras no se fijase la de sus hijos. Permanecia mundana por deber y amable por virtud; digámoslo todo, lo era tambien por inclinacion natural. Acogida en el mundo por un entusiasmo universal, sentida con pasion desde que se asentaba de él, gozaba tanto mas de ese favor de la corte y de los salones, cuanto que no les llevaba mas que un corazon libre y no les pedia mas que amistades.

Esta fué la época en que se grangeó mas amigos entre los hombres célebres y mugeres notables de aquel siglo fecundo en nombres que se hicieron ilustres. En los sobres de sus cartas podria encontrarse el catálogo de todas las glorias, de todos los méritos y de todas las altas virtudes de su época: el principe de Condé, el duque de Rohan, el conde de Lude, siempre enamorado, aunque desviado siempre, Menage, Marigny, el cardenal de Retz, Montmorency, Brissac, Bellievre, Montresor, Chateaubriand, Chaulnes, Caumartin, Hacqueville, Corbinelli, los Arnault, padres del jansenismo; Pascal, su apóstol; d'Humieres, d'Argenteuil, Bussy, sin cesar amoroso, sin cesar importuno y muchas veces pérfido por resentimiento; Sablonieres, el escocés Montrose, el mártir héroe de su rey proscripto; la duquesa de Longueville, el alma desalentada de la Fronde, estinguida á pesar de su soplo que la atizaba siempre; la duquesa de Lesdiguières, la de Monthazon, la princesa Palatina por la cual habia muerto Cinq-Mars en el cadalso; Mad. Enriqueta de Coulanges, hermana del abate; madama de Lavardin, la de Maintenon, la señorita de la Valliere, Mad. de Montespan, la señorita de

Lavergne, Enriqueta de Angennes, ya condesa de Olonne, célebre entonces por su belleza y despues por sus escándalos; Mad. de la Fayette, amiga del gran duque de la Rochefoucauld, autor de las *Máximas*; el mismo Rochefoucauld, ese juez severo, y soberano de los méritos y de las gracias; Vardes, Turena, Bossuet, Corneille, Fenelon, Racine, Moliere, la Fontaine y Boileau aparecen ó desaparecen alternativamente sobre el horizonte del gran siglo. He aqui cual fué la sociedad de la vida entera de Mad. de Sévigné; he aqui cuales fueron los amigos, los correspondientes ó los sujetos de su largo comercio epistolar. Si su tiempo, reviviendo en sus cartas, debe mucho al interés que su estilo sabe derramar en ellas, no se puede negar que estas cartas deben mucho al interés de la época.

Muchos de esos hombres, todavia jóvenes y ya ilustres, se esforzaban por borrar en el corazon de la hermosa viuda el recuerdo de su marido; el principe de Conti y el superintendente general de hacienda, el poderoso Fouquet la asediaban con su culto, pero de todos ellos solo Fouquet parece que fué el que logró conmovir su corazon. Jóven, hermoso, respetuoso en las formas, audaz en los pensamientos, disponiendo á guisa de dueño, tan absoluto como Richelieu ó Mazarino, de los tesoros de la Francia, teniendo en sus manos las riendas del gobierno, bastante poderoso para inspirar envidia y recelos fundados al jóven rey, bastante temerario para afectar la rivalidad con el mismo rey en amor, Fouquet se habia declarado en voz alta el adorador de Mad. de Sévigné, y sino conmovida, mostrábase por lo menos agradecida á un homenaje que borraba con tanto brillo todos los demas. Ser el pensamiento dominante de un hombre hacia el cual se convertian entonces todos los pensamientos del amor ó de la ambicion de las mugeres de aquella corte era suficiente motivo para que Mad. de Sévigné perdonase al superintendente del reino la temeridad de sus homenajes secretos y públicos. Esta es la única circunstancia en su larga viudez en que se percibe una impresion de reciprocidad para los sentimientos tiernos que inspiraba sin alentarlos, y necesario fué que sobreviniese la desgracia de Fouquet para que traspirara fuera ese sentimiento contenido en el alma de Mad. de Sévigné. Si amó una vez, este amor no se reveló sino con lágrimas sobre los infortunios de aquel de quien solo se confesaba amiga.

II.

El golpe que hirió al ambicioso ministro estuvo largo tiempo invisible sobre su cabeza; el disimulo indispensable á los reyes, euseña